

Y esta rosa, con sus gotas de rocío, que redondean y tiemblan y refulgen como brillantes, es en verdad lo más encantador que contemplarse puede, en una plácida mañana de octubre, cuando aun no ha comenzado la helada a castigar a las plantas y a quemar sus brotes tiernos...

\*\*

Como la luz, la rosa acaso viene de Oriente. ¿Desde cuándo la conoce la humanidad? Probablemente desde los tiempos primitivos: porque la rosa es... una zarza, ni más ni menos; y en estado silvestre, sencillísima, debe de existir en todos los matorrales de Asia y de América. No por eso la creo contemporánea de los primeros vegetales que vistieron de verdor la costra terrestre: porque esos vegetales estaban en armonía con las condiciones atmosféricas de los primeros tiempos — helechos, cicadáas, ciertas coníferas —. La rosa vino, por consiguiente, más tarde; y el problema científico de la rosa es el mismo de la especie humana: se discute si todas las rosas proceden o no de un mismo rosal, originario, único, o si nacieron en distintos puntos del globo. Los sabios han buscado con afán la solución del enigma de la rosa, en las improntas fósiles, y han encontrado una hoja de rosa fosilizada, y han sacado en limpio que la rosa comenzó en el hemisferio Norte de nuestro planeta. Deduciéndolo de la abundancia de especies de rosales capaces de mejorarse por el cultivo que vinieron del Asia Menor y de la comarca del Líbano, suponen que de allí partió, de las montañas del Cáucaso, donde la más hermosa raza humana tiene su cuna.

Desde la antigüedad abundaron las rosas semidobles. Hacen de ellas mención Ateneo, Teofrasto, Herodoto y Plinio. Este buen Plinio, que tanto se parece a muchos contemporáneos nuestros por su afición al estudio y a la paz, enumera bastantes rosas conocidas en su tiempo, y entre ellas, la de cien hojas. Desde que hubo jardines — ¡y cuán viejos son los jardines en el mundo! — tal vez ya en los pensiles de Babilonia, la rosa fué conocida y estimada de los poetas y de las mujeres, de las princesas y de los juglares. En Oriente, en Persia, existía la rosa amarilla. A la gentil flor doble, de hojas delicadas, como un globo de seda fulva, se le llama en floricultura *persian yellow*... Es de las «fastidiosas» para florecer; tiene un aspecto enfermizo...

En las épocas refinadas de Roma la rosa fué uno de los lujos. Llovían, en los banquetes y orgías de la bóveda dorada de casetones de cedro, pétalos de rosa, que caían sobre la cabeza de los comensales entre una lluvia de perfumes. De rosas, mezcladas con yedra, eran las guirnaldas que los convidados lucían al entrar en el festín. La rosa representaba la alegría, el placer la embriaguez de la vida.

Horacio no le ponía más defecto a la rosa que su breve duración... Tasso pensaba igual, pero tal vez (por lo que a Horacio respecta) no hubiese encontrado tan deleznable a la rosa, no fuese que, entonces, la rosa era semidoble, a lo sumo, y las flores, cuanto más dobles, más tiempo se conservan metidas en agua.

En Poestum, sin embargo (si estamos al testimonio de Virgilio), existían estas rosas que ahora llamamos remontantes, y que florecen dos veces al año. Por Marcial sabemos también que, en pleno invierno, había rosas, en la ciudad dominadora del mundo.

\*\*

Pero vienen los bárbaros, y la rosa no se cultiva ya... Para reintegrar a la rosa en su glorioso dominio, es necesario que los moros se establezcan en España, y que la Andalucía árabe sea un vasto jardín. En el siglo XIII, en Sevilla, se conocen no pocas variedades de rosas. Los cruzados traen la rosa de Damasco. En el siglo XVII las rosas de China y de Bengala se desposan con las europeas y nacen de esta unión variedades múltiples y preciosas. Hasta el siglo XIX no se introduce la rosa de te, hoy tan vulgar en el comercio. Dícese que la rosa de te es indiana. En cuanto a la de la Malmaison ¿quién no recuerda, al verla, las tristezas de la Emperatriz desposeída y repudiada, de Josefina Beauharnais? Esta rosa, pulida y suave, como de porcelana o nácar, ha pasado de moda.

¿Por qué pasan de moda las flores? ¿Quién lo sabe! El gusto es muy caprichoso, y se cansa de un color, de una forma, hasta de un perfume. En Madrid, para las mesas, es la rosa te la preferida. Tal vez consista en que abunda más en el mercado. En cambio, la rosa amarilla, con tonos de azufre, y la roja, tan magnífica de forma y de aroma, y de tonalidad (por ejemplo, la que lleva el expresivo nombre

de «Vesubio»), escasean, no aparecen. Verdad es que decorar con ellas, saldría muy caro.

\*\*

También en las flores, especialmente, hay sus categorías y jerarquías. Yo he notado que en Madrid se ha extendido mucho el gusto y la afición a la floricultura; pero no con aquel refinamiento y aquella intensidad de detalles con que se desarrolla y comunica en otros países. Las sencillas hortensias, las castizas albahacas, los rojos geranios y los vulgares pensamientos que los borriquillos pasean por las calles de nuestra capital, no son, ciertamente, los tulipanes de Holanda, en los cuales ponía su vida y su entusiasmo el bátavo del siglo XVIII, y que requerían cuidados tan prolijos, y costaban miles de pesetas. Séame permitido decirlo: las rosas que se ven en Madrid, en los escaparates de los mismos grandes floristas, no se diferencian mucho de las que en los puestos de la plazuela de Santa Cruz languidecen, abrasadas por el sol. No he solido admirar especialidades de rosas en las tiendas de la Carrera y de la calle de Alcalá. Ni aun las que se cultivan en mi rosaleda he encontrado en Madrid, al menos en el comercio corriente.

Y hay otro síntoma de que en Madrid la floricultura no está extraordinariamente refinada, a saber: que cada flor viene únicamente en su tiempo, y en invierno no se puede pedir una rosa, sin pagarla a precio exorbitante. En todas partes es caro lo temprano y lo tardío; en Madrid es inaccesible. No he llegado a ver en Madrid esas rosas esplendorosas, que con la variedad de sus tonos y coloraciones regocijan los ojos. No digo que no existan, y creo que existirán, sea en jardines particulares, sea en algún establecimiento de floricultura; pero insisto en que las rosas que sobre los manteles niveos o cautivas en el centro de porcelana, plata o cristal, alegran la mesa, aun en grandes banquetes, son vulgares. Hasta han llegado a no interesar; se prefieren los claveles rojos, blancos y rosa. Jaspeados no los veo tampoco. Para afrenta del sol de España y de todas las fantasías de pandereta que el clavel ha inspirado y seguirá inspirando a los copleros, son los floricultores flamencos los que han hecho del clavel algo singular, con ráfagas de plata, con los coloridos más deliciosos como vistos al través de vidrieras de catedral.

\*\*

Ignoradas o poco menos son en Madrid las rosas célebres, en las cuales tantos triunfos han obtenido esas dos infelices naciones que hoy ven devastar su suelo, y encharcados de sangre sus campos, tan fértiles y bien cultivados ayer. Las exposiciones de rosas francesas y belgas, en el último Certamen Mundial, el de 1900, eran cosa que obligaba a entonar una estrofa de admiración a tanta belleza, de gratitud a quien la creó. Algunas variedades descollaban: el *Príncipe de Bulgaria*, una híbrida de te, que parece pintada por los dedos de la Aurora; una *Mistress W. Cutbush*, que pasa del amarillo pálido al rosa más vivo; un *Recuerdo de J. B. Guillot*, que ostenta la púrpura encendida de un ocaso; una espléndida *Francia*, que es, en mi entender, la rosa ideal, la más divina, muy grande, muy doble, con follaje airoso y de un verde gratisimo, y la flor misma del color que por *rosa* entendemos, fino, delicado, vivo, de la hechura globulosa más perfecta, y con una fragancia embriagadora a ninguna comparable. A su lado, aunque tan bellas, estimé menos al *Príncipe Napoleón*, con su grácil capullo; al *Comendador Julio Graveureux*, cuyas hojas caprichosas parecen desgarradas o picadas a tijera; a la extraña *Le Hay*, enorme, color de amaranto; a la rara *Arturo Goodwin*, color de naranja, y a tantas y tantas novedades y maravillas como presentaba allí el arte del jardinero (sin omitir la fea *viridiflora*, cuyas flores son verde manzana, y parecen colecciones de Bruselas).

No; entre nosotros no se ha extendido mucho esta afición tan culta, tan suave, tan humanitaria... Consolémonos pensando en lo que ocurre en las naciones donde la flor hermosa el existir... ¡La flor no basta para humanizar al hombre, por desgracia!

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

## LA VIDA CONTEMPORÁNEA

De algo que no sea la guerra europea ha de hablarse alguna vez... La guerra, con su fondo macabro, sus matanzas que sobrepujan a la humana imaginación, ha llegado a fatigar nuestro espíritu, abrumando nuestra mente, como una pesadilla de esas que proceden de una mala digestión de manjares fuertes y crudos. El único deseo de todos (así de los partidarios acérrimos del Káiser como de los admiradores de Joffre y French) es que se acabe, que se disipe la nube roja y negra, el vaho de sangre e incendio, y veamos, en el ambiente serenado, lo que realmente ha sucedido, los detalles y escenas, cosa que de todo punto se ignora. Porque con la mayor parte de los sucesos de esta temporada terrible, ocurre lo que con la catedral de Reims: no se sabe de cierto si yace por tierra, convertida en escombros, o si apenas ha sufrido un leve daño, fácil de subsanar no bien la paz dé espacio a la reparación...

Por desgracia, creo más verosímil lo primero que lo segundo... Pero he aquí que ya me voy inclinándome hacia el tema habitual. No; por esta vez, es preciso dar al alma un poco de descanso, apartar de la mente la imagen pavorosa de los montones de cadáveres, de los trenes cargados de cuerpos inertes y heridos y moribundos, de las inmensas piras donde se abrasan millares de muertos, para impedir que la peste, que ya amaga, se ramifique, tienda su brazo de esqueleto, más mortífero que el cañón...

\*\*

Dejémoslo estar: no podemos remediarlo. Echanlo mano de un poco del horacianismo que todos o casi todos tenemos en las venas, hay que calcular que, al fin, tantas desventuras ocurren lejos, que la existencia es breve y que sólo disponemos del rápido instante fugacísimo (*cheu! Postume!*) y si, por feliz evento, es bello y tranquilo, si un espléndido otoño rie dorando los bosques no despojados aun de su follaje, y acariciando con amorosa dulzura a las postreras flores (las *remontantes*, como decimos los aficionados, a sabiendas de cometer un galicismo...) debemos simbolizar en estas flores mismas la sabrosa gracia del momento, y hablar de rosas...

Un amigo mío suele decir que, si la costumbre no embotase la sensación, habría que oír las exclamaciones de éxtasis de los que por primera vez viesen o gustasen un limón, un canario, un huevo fresco y una rosa. Estas cosas lindísimas están gastadas, nadie hace caso de ellas. La rosa, en nuestros días, hasta ha pasado de moda, al menos en su variedad típica, la *color de rosa*, perfumada y de verde follaje coquetón, con su capullito al margen.

Y, sin embargo, es la emblemática flor de amor y poesía, la del canto persa, la de la famosa balada del Tasso:

*Deh, mira-egli cantó-spuntar la rosa  
dal verde suo modesta e verginella,  
che mezzo aperta ancora e mezzo ascosa,  
quanto si mostra nuen, tanto è più bella...*